REPSOL YPF

# XIV. CONCURSO DE CUENTOS

# REPSOL - YPF

## Segundo Premio en Versión Castellana

Título: "VIAJE AL CENTRO DE... "

Autora: HELENA IGLESIAS LÓPEZ.

Centro: COLEXIO OBRADOIRO.

A CORUÑA.

AÑO 2.001

2

# VIAJE AL CENTRO DE...

ENCEFALOPATÍA ESPONGIFORME

Ocurrió hace ahora exactamente un año, dos meses y tres días. Os preguntaréis por qué tanta precisión, pero es que algo como lo que sucedió aquel tres de julio no se olvida fácilmente. No ocurre a menudo, en absoluto, y yo tuve la suerte de ser el "elegido" . No sé ni cómo, ni por qué. Sólo sé que, desde entonces, no he vuelto a ser el mismo, y mi vida tampoco.

Yo era un chico aparentemente normal para mi edad. Por aquel entonces tenía diecisiete años y me gustaba lo que a cualquier adolescente: la música, el deporte, estar con los amigos... Mi vida tampoco se salía de lo normal: vivía en un piso de la ciudad con mis padres y una hermana pequeña.

Hacía unas dos semanas que había terminado los dichosos exámenes de selectividad y las ansiadas vacaciones de verano ya habían comenzado. Después de un duro curso, me encontraba ante tres fabulosos meses de tiempo libre y sin presiones. Pero también se abría ante mí un futuro incierto, puesto que al final del verano, sin haber alcanzado todavía la mayoría de edad, tendría que marchar a estudiar fuera de casa, a una ciudad completamente desconocida para mí, dejando atrás familia, amigos, costumbres... A pesar de que la idea no me gustaba nada y no me sentía preparado, no tenía elección. Además, según mis padres, la experiencia iba a resultar muy positiva para mí, puesto que me relacionaría con otra gente, aprendería a valerme por mí mismo en infinidad de situaciones y, al fin y al cabo, maduraría.

Yo era consciente de todo ello, y aunque sabía que merecía la pena, también sabía que me iba a resultar muy difícil adaptarme. Decidí tomarlo como un reto o un desafío. Seguramente mucha más gente se encontraba en mi misma situación,

aunque a mí eso no me aliviaba. Nadie podía marcharse de casa por mí, ni realizar aquel viaje por mí..., en definitiva, nadie podía vivir por mí.

A pesar de que muchas de mis preocupaciones eran comunes a otros chicos y chicas de mi edad, a menudo me sentía diferente al resto. Para bien o para mal. Mientras otros insistían para conseguir la deseada moto o negociaban un aumento de paga, yo luchaba por encontrar mi sitio. Y creo que en el fondo todo el mundo hacía lo mismo, aunque, claro está, cada uno a su manera. Yo siempre había sido un chico tímido e inseguro, por eso solía encerrarme en mí mismo. A veces dolía, pero otras veces me gustaba quedarme a solas durante horas. Era un tiempo que me dedicaba a mí mismo: pensaba en lo que me gustaba y en lo que no, en lo que hacía y en lo que quería hacer, en lo que era y en lo que quería ser.

Leía constantemente que en la adolescencia era normal sentirse un tanto "perdido" , puesto que la personalidad aún se estaba definiendo. Eso me consolaba un poco, pero nadie me evitaba sentirme unas veces indefenso; otras, un tanto "asustado" y desconcertado ante la "vida adulta" que me esperaba en un futuro no muy lejano; y en otras muchas ocasiones, harto. Harto de buscar y no encontrar nada.

Pero a partir de aquel tres de julio las cosas empezarían a cambiar, ¡y de qué manera!

El día anterior había estado rellenando un montón de papeles. Entre matrículas y solicitudes para diferentes residencias de estudiantes se me había hecho bastante tarde. El cansancio pudo conmigo y, pensándolo bien, podría terminar con el papeleo otro día, así que decidí irme a dormir. Sería la una y media de la madrugada. Subí las

escaleras silenciosamente para no despertar a mis padres. Por debajo de la puerta de la habitación de mi hermana todavía se veía luz, así que entré para darle las buenas noches. Pero, como siempre, se había quedado dormida leyendo. Aparté el libro y lo dejé encima de la mesita, y, antes de apagar la luz, me quedé unos segundos mirando para ella. Dormía tranquilamente, como si no tuviera absolutamente nada por lo que preocuparse. Tenía tiempo de agobiarse con responsabilidades.

Al fin entré en mi habitación. Nada más entrar noté algo extraño. No sé lo que era, no podría definirlo. Era una mezcla extraña: el olor, el brillo, la luz que entraba a través de la ventana, el ambiente en general. Aquella situación me intranquilizó por unos instantes, pero decidí restarle importancia. Atribuí aquella extraña sensación al sueño y al cansancio, mientras que aquel olor seguramente era cosa de mi madre, que siempre llenaba la casa de velitas aromáticas y ambientadores.

Envuelto en aquel inusual clima, me dispuse a meterme en la cama. Antes de acostarme eché un último vistazo a la habitación para cerciorarme de que no ocurría nada extraño y de que todo eran imaginaciones mías. Tal era mi cansancio que ni siquiera me di cuenta de aquel tenue y a la vez llamativo brillo que el espejo de mi armario proyectaba sobre cada una de las cuatro paredes de la habitación. Al fin me acosté. Me sentía cansado y exhausto, pero a la vez, e inexplicablemente, el sueño iba desapareciendo. Quería dormir, pero una extraña fuerza me lo impedía. Me sentía cada vez más ligero, pero ni siquiera podía mover mis manos. Un montón de sensaciones contrarias confluían en mi interior, y en mí empezaron a florecer el miedo, la intranquilidad y la confusión.

Me incorporé sobresaltado. Aquella extraña sensación y aquel extraño olor del principio habían cobrado fuerza. El brillo del espejo se había hecho ahora más intenso.

Permanecí inmóvil unos instantes. El sueño y el cansancio habían desaparecido por completo. Decidí levantarme para averiguar de dónde venían la luz, el brillo, el olor... Me acerqué al espejo con cautela. El brillo que desprendía me cegaba casi por completo, y difícilmente pude distinguir mi figura al otro lado. Algo totalmente fuera de lo común y sin explicación estaba sucediendo. Los movimientos de aquella figura no se correspondían con los míos. No lograba reconocerme en el reflejo que de mí mismo me ofrecía el espejo.

Algo extraordinario sucedió entonces. El brillo se intensificó todavía más, hasta que un fuerte resplandor me obligó a taparme los ojos. Durante unos segundos permanecí en tensión, esperando que aquello terminara. Cuando abrí los ojos, el extraño ambiente del principio seguía reinando en la habitación. Miré hacia el espejo. El cegador brillo se había atenuado por completo, pero lo que vi entonces (o, mejor dicho, lo que no vi) me dejó paralizado. Mi reflejo ya no estaba allí, había desaparecido del espejo. ¡Era imposible! No supe cómo reaccionar y me limité a cerrar violentamente el armario para quitarme aquella visión de delante. Con lo que vi entonces sí que enmudecí: allí mismo, en mi habitación, delante de mí, sin ningún espejo en el medio estaba yo, o mejor dicho, mi "otro yo".

Estaba quieto y sonriente. Extendió la mano y dijo:

- Hola.

Tardé en reaccionar. La impresión había sido demasiado fuerte. Por un momento quise volver a la cama convencido de que todo era una pesadilla, pero una extraña curiosidad me mantuvo en pie. Finalmente un hilillo de voz salió de mi garganta y fui capaz de responder:

- Hola - le dije -.

- Te veo sorprendido y es normal, - continuó mi "clon" - pero no te preocupes. Vengo a ayudarte.

- ¿Ayudarme? - mi sorpresa aumentaba por momentos - No entiendo nada.

- Soy tu otro yo, la parte de ti que está en ti mismo pero que desconoces. Llámalo subconsciente si quieres.

Freud. Había leído algo de él y, aunque me gustaba, siempre había considerado que lo que decía de los sueños y el subconsciente era algo irreal. Ahora estaba empezando a creérmelo.

- Sólo pretendo que te conozcas mejor - continuó- . Encontrar el camino no es fácil, por eso estoy aquí.

Las palabras amables de aquel "yo" transformaron mi escepticismo y confusión iniciales en ilusión y esperanza. Yo escuchaba atentamente todo lo que me decía. Me hablaba de cosas que conocía bien, como mi timidez, pero también me hizo ver y descubrir aspectos de mí y de lo que me rodeaba que nunca hubiera imaginado. Me hablaba pausadamente. De vez en cuando sentenciaba con una de esas frases que escuchas o lees a menudo pero a las que no les encuentras sentido, como "la verdad está en ti" o "sé tú mismo" . Yo siempre me había preguntado que cómo iba a ser yo mismo si ni siquiera me conocía. Sólo ahora tenían sentido para mí aquellas palabras. Y me ayudaron. Claro que me ayudaron. Recuerdo especialmente una frase: "el peor error que podemos cometer es el de ser simplemente aquello que los demás esperan que seamos".

El chico hablaba y hablaba, y nada de lo que decía me dejaba indiferente. Sentía que de su boca sólo salían verdades. Sentía que después de aquello nada volvería a ser lo mismo. Sentía un montón de papeles bajo mi cabeza y sentía en el cuello un dolor insoportable que me hizo despertar.

¡Despertar ! Miré el reloj. Las nueve de la mañana. Miré a mi alrededor. Nada del otro mundo. Allí estaba yo, dormido encima de matrículas y solicitudes. Estaba aturdido. ¿Dónde estaba mi "otro yo"? ¿Había sido un sueño? No podía ser. Busqué algo que me confirmara que todo aquello no lo había soñado, que había sucedido realmente. O de lo contrario, menuda decepción. Fui corriendo hacia las habitaciones. Esperaba encontrar mi cama intacta y la luz encendida en la habitación de mi hermana. ¡Pero no! Para mi grata sorpresa, mis padres todavía dormían, mi cama estaba deshecha y mi hermana dormía con la luz apagada. Su libro estaba encima de la mesita tal y como yo, supuestamente, lo había dejado aquella misma noche. ¿Entonces? Empezaba a dudar. Pero no le di importancia, pues al fin y al cabo lo que contaba era lo que para mí había significado todo aquello, fuese real o no.

Nunca sabré si lo que sucedió aquella noche fue un sueño. Yo creo que no, o al menos eso quiero creer. De todas formas aquella noche se abrió ante mí un mundo. Encontré un montón de respuestas y, desde aquel día, todo ha cambiado. Bueno, en realidad todo sigue igual. El que ha cambiado he sido yo. Ha cambiado mi forma de pensar y de ver las cosas, e incluso creo que no ando tan "perdido" como antes. Algo como lo que me ocurrió hace un año, dos meses y tres días no lo vive todo el mundo. Y digo "vive" porque cada día que pasa estoy más convencido de que no fue un sueño, sino un viaje al centro de... mí mismo.